

BARTOLO.

Mi niñez siempre ha estado cariñosamente ligada a una cartería. Recuerdo con melancolía aquellas remotas tardes grises de invierno y otoño en las que siendo un chaval correteaba por las calles de “El Pueblecillo”¹ entre juegos inocentes y pueriles ocupaciones. Entre carrera y carrera, me cruzaba con la figura entrañable de mi Abuelo Bartolo, quien a paso ligero, zigzagueando entre las dos aceras, realizaba el reparto diario del correo, con ese gesto tan característico suyo... el de la ilusión por llevar las buenas nuevas a los destinatarios, y mostrando en el semblante el empeño por hacer su trabajo lo mejor que le era posible... Y tanto que lo hacía... Entregaba cada carta con un entusiasmo desmedido, y ponía todo su afán y cariño en cada reparto.

Recuerdo –mi cielo...-, aquellas jornadas en las que acompañaba a mi abuelo, y yo, chicuelo, era partícipe de la ilusión que se siente cuando se entrega en mano una misiva. ¡Cuántas buenas nuevas he llevado a sus destinatarios...! Mi abuelo me iba dando las cartas y me decía en qué número debía entregarlas. Recuerdo la sonrisa de mis paisanos cuando abrían la puerta y se daban cuenta de que aquel niño que les entregaba la carta ayudaba a su abuelo en su cometido.

Recuerdo -mi cielo...-, aquellas tardes de reparto. Las de invierno, con el añil del ocaso como un frío techo al amparo de aquel aroma a brasero y tierra mojada como telón de fondo. Asimismo vienen a mi memoria las tardes largas de estío, en las que mi abuelo sustituía su uniforme por unas informales mangas de camisa, a veces remangada, que combinaba con unos eternos pantalones de paño gris. El paso era el de siempre: altivo y animoso, y el trato hacia los vecinos de la localidad era exquisito, trato que con los años gozaba de reciprocidad.

Recuerdo –mi cielo...-, aquella cartería, que a pesar de lo pequeña que era, llevaba a cabo una actividad frenética, pues entre él y mi abuela –la cual le ayudaba y acabó ingresando en el Cuerpo-, gestionaban todo el movimiento de correspondencia con un esmero y con una capacidad fuera de lo normal. Aflora en mi mente la imagen de aquel viejo conductor de la ya desaparecida Ferrón-Coín portando aquel saco de lona con la franja de la bandera española y el anagrama de Correos y que una vez era depositada en el suelo, se ponía en marcha una enardecida y mecánica actividad de clasificación; era

¹ Término con que es conocida la localidad malagueña de Villanueva de la Concepción.

el punto y final a la jornada matinal, que finalizaba en el momento en que todo quedaba recogido y ordenado para proceder al reparto por la tarde.

Recuerdo –mi niña...-, que por aquel entonces la correspondencia llegaba al campo. En barriadas que se encontraban prácticamente incomunicadas, y en las que con suerte disponían de un roñoso teléfono público que compartían un centenar de vecinos, la llegada de correo era un acontecimiento que concurría a los lugareños, quienes en casi su totalidad esperaban misiva de algún hijo que se encontraba en la lejanía sirviendo en el ejército, o trabajando en lugares más remotos, como Cataluña, Suiza e incluso Alemania. Cuando llegaba una carta del extranjero provocaba una sensación en los destinatarios parecida a la de los que les ha tocado la lotería. Mi abuelo sonreía al entregar las buenas nuevas, y consolaba a las madres que se quedaron sin carta de su hijo o esposo: “Bueno, si no ha sido esta semana, la que viene será”.

Nunca olvidaré una tarde gris y lluviosa en las que fuimos a entregar una carta a una casa que se ubicaba en lo más recóndito de El Partido de Jeva, a unos siete kilómetros de Villanueva. Anduvimos serpenteando bajo la lluvia en aquel Cuatro Latas rojo, por carriles que se encontraban en un estado deplorable, embarrados hasta tal punto que el viejo vehículo patinaba de manera iterativa y enérgica, mas mi abuelo estaba acostumbrado a la conducción por vías en tal estado, y sin mostrar el mínimo gesto de preocupación, consiguió llegar al final del maltrecho camino, justo en lo alto de una colina, coronada por una gran árbol y una vieja casa. Entonces me dio la carta y me pidió que la entregara a su destinatario. Mientras él daba la vuelta, me acerqué a aquella rudimentaria y encalada vivienda, y antes de que pudiera golpear la puerta, abrióse ésta dando paso a la figura de un rudo anciano, quien al percibir el ruido del vehículo se había asomado a la entrada, dándose de bruces conmigo. Ante su mirada, yo no tuve más opción que levantar mi brazo y entregar la carta al viejo, quien reconociendo el logotipo del remite, esbozó una sonrisa y con unos ojos que empezaban a lagrimar, echó mano al bolsillo y me dio una propina de tres duros.

Mi abuelo, con una sonrisa cómplice gritó desde el coche:

-¿Era esa la carta que esperabas?

-Esa era, Bartolo.- Respondió con similar sonrisa, se llevó la carta al pecho para desaparecer tras la puerta de la misma manera que apareció.

Jamás sabré si esa carta eran noticias de un soldado en el servicio, de un emigrante en Suiza, del Estado que concedía una ayuda,... qué sé yo... pero lo cierto es que al ver la sonrisa de aquel anciano comprendí la importancia que encierra el hecho de que cada carta llegue a su destino, y que cada una, tiene su historia.

Recuerdo –cielito mío-, cuando mi abuelo me enviaba a recoger el correo del buzón para matarlo y enviarlo. Abría la portezuela y cogía las cartas de la pequeña oquedad que albergaba las cartas. También había algunos duros y pesetas que de la misma manera recogía. Por aquel entonces, los usuarios que no podían comprar sellos porque la estafeta o el único estanco del pueblo estaban cerrados, echaban el dinero del importe del timbre, y mi abuelo se lo ponía.

La otra tarde tomaba café con mi tía Rosi y me contó muchas historias. Todas eran muy significativas para comprender la dimensión de la entrega que mi abuelo ponía en su trabajo. Una de las anécdotas que contó me emocionó mucho:

Cierta noche estaban mis abuelos y mi tía cenando cuando de súbito, mi abuelo recuerda algo, suelta la cuchara, se echa la mano al bolsillo de la chaqueta y saca una carta. Se levanta de la mesa y se marcha a dar un paseo. Cuando vuelve, la carta que trae en su mano es otra. Era la respuesta. Mi abuelo había llevado la carta, la había leído a su destinataria –muchas personas por aquel entonces no sabían leer- y ésta le dictó a mi abuelo la respuesta, que escribió, y franqueó. Acciones como ésta me conmovieron, así como anécdotas como aquella que también me contó y mi tía, quien desde sus ojos de niña relataba como en aquellas noches de invierno, aquellas noches oscuras, frías y ventosas, a mitad de la cena, alumbrada por el lúgubre resplandor de una tenue bombilla golpeaban la puerta y acto seguido una voz lúgubre y tenebrosa demandaba: -¿Hay carta para la Muerte...?

Entre risas mi tía me explicó que La Muerte era una cortijillo cercano a la Sierra del Torcal, a unos kilómetros de Villanueva. Su inquilino, apodado “El Muerto”, bajaba a diario al pueblo para realizar todas sus gestiones, mandados, recados y encargos, y a la noche, cuando regresaba, se llegaba a recoger el correo dándole el correspondiente susto a mi tía Rosi. Ella hace poco también puso en mi conocimiento aspectos muy humanos de mi abuelo, al desvivirse por que la correspondencia llegara a su destino... Si la carta era para un quinto o para un emigrante, la dedicación era exacerbada. Si un paquete no iba debidamente embalado, tomaba un trozo de arpillera y lo cosía para asegurarse de

que tenía la robustez suficiente como para aguantar el trayecto hasta el cuartel de destino.

Estas anécdotas no dejan de emocionarme. Ni a mí, ni a otros miembros de la familia que han tenido el honor de trabajar en el cuerpo de Correos como mi tía Lola, quien ejerció en Villanueva, o mi hermana Celia, que de manera eventual, repartió buenas nuevas en calles campilleras². Incluso yo, en mis años mozos, estuve en la estafeta de correos de la Brigada acorazada Brunete, realizando una sustitución mientras el cabo Colomer, titular del destino, luchaba contra una varicela en la enfermería que lo dejó fuera de combate una semana. Durante ese periodo asumí sus funciones de cartero militar, y confieso, que pocas cosas hay en este mundo que reconforte más que llevar el correo a todas las compañías del cuartel. Reconozco que apenas he visto estafetas que funcionen mejor que aquella, y eso, que no era fácil gestionar la correspondencia de un acuartelamiento de más de cinco mil efectivos. Entre un cabo y dos soldados, bajo las órdenes de un subteniente –cuyo nombre jamás supimos, y al que le pusimos de mote “El Ciervo”–, llevábamos la cartería con un orden y una disciplina que se traducían en efectividad y en un trabajo bien hecho. Acatábamos las órdenes y con un ritmo de trabajo y una organización milimetrados conseguíamos acabar la jornada con todas las gestiones y repartos realizados, y el trabajo listo para el día siguiente. Incluso a diario salía un enlace que hacía llegar la correspondencia a todos los emplazamientos donde los soldados se encontraban de maniobras. Era impresionante la efectividad con que el ejército hacía funcionar la estafeta sin que por ello dejáramos de tener cariño por nuestro trabajo. Entregar una carta era ver en el rostro de los demás quintos una sonrisa de emoción al saber que les hacías llegar las palabras de puño y letra de su madre, de su novia, se sus seres queridos.... Es indescriptible la sensación y lo bien que te hacía sentir.

Recuerdo –cielito mío...–, que tras la jubilación de mis abuelos llegaron nuevos aires a la cartería, entre ellos la brisa fresca de mi tía Lola, quien puso en su trabajo esa alegría y ese cariño que pone en todas las cosas. Cuando mi tía Lola te guardaba una carta, parecía que la misma gozaba de un halo de bondad y que sólo podría traer palabras bonitas. La sonrisa y el encanto tan particular de mi tía se percibían en su trabajo.

² Perteneciente a la localidad de Campillos, en la provincia de Málaga.

Recuerdo –mi cielo...-, también la llegada al Pueblecillo de un particular cartero Granadino que avisaba de la llegada de la correspondencia a golpe de silbato, lo que supuso una revolución en el pueblo, pues los ciudadanos no estaban acostumbrados a ser avisados por el cartero de esa manera. Pero a todo se acostumbra uno, y por ello, cuando me encontraba tan tranquilo en casa y escuchaba el estridente sonido del silbato de Ángel Cartero..., una alegría recorría mi cuerpo y salía con paso acelerado a la puerta para recoger la correspondencia de toda la familia. Si estaban mis hermanas, aquello ya se convertía en una carrera en toda regla.

Recuerdo –mi niña bonita...-, que mi vida siempre ha ido acompañada de cartas: cuando iba de colonias en verano siempre me quedaba con la dirección de los amigos que hacíamos y nos escribíamos durante todo el año, hasta que volvíamos a vernos el verano siguiente. Un año para un niño es mucho tiempo, y la correspondencia era la única herramienta de comunicación que estaba a nuestro alcance. Ese hábito se mantenía durante meses, y mediante unas cómplices misivas, compartíamos nuestros más hondos e inconfesables secretos.

Para cuánto daba un simple sobre... recuerdo haber metido casi de todo lo que puede albergar un sobre.... Dibujos,..poemas, pequeños óleos, monedas, anillos, y muuuuchos mensajes secretos, que a lo largo del tiempo han permanecido incógnitos entre líneas, escondidos en enrevesados acrósticos y mensajes ocultos detrás del sello o en la solapa del sobre.

Hace unos días me llamó una amiga muy emocionada. Me contó algo que me avergonzó enormemente a pesar de la confianza que los años nos han dado. A esta chica en particular le escribía mensajes con “tinta invisible”, es decir, con jugo de limón, acción que estaba de moda por aquellos tiempos de mi juventud. Con dicho jugo se escribía un mensaje que para ser visualizado necesitaba el calor de un mechero, que debía aplicarse con el esmero necesario para no quemar el papel, a la par que hacía aparecer las letras. Estos mensajes quedaron escritos en las cartas que mi amiga guardó en su trastero. La sequedad del habitáculo, y la acción directa del sol en la chapa que lo cubre a lo largo de tantos años hizo que el papel impregnado en la “tinta” descoloriera, arrebatándole la invisibilidad a los mensajes y dejando al descubierto los sentimientos que le mandé. Cuando ella ordenó su trastero no se resistió a leer alguna de ellas. Atónita se quedó al ver que habían aparecido casi dos décadas después aquellos mensajes inocentes pero escritos con el alma. Si sorprendente había sido la manera de

recibir mis mensajes más aún le pareció el contenido de los mismos. –“Ojalá me lo hubieras escrito con el bolígrafo, en lugar de con limón”-me dijo...

Recuerdo –mi cielo,- mis amistades postales. No serían los mismos los lazos que me unen a algunas de mis amigas de no haber sido por esa relación mantenida mediante cientos de líneas que iban y venían por vía postal. De hecho, hay amigas -con las que tengo una confianza extrema- a las que he visto dos o tres veces en mi vida, pero con las que he cruzado decenas de misivas.

¡Cuántas noticias me ha traído el correo! ¡Cuánta alegría desbordada cuando mi abuelo me guardaba una carta para poder dármela lo antes posible! ¡Qué alegría cada vez que daba la vuelta a la carta y al dirigir la mirada hacia el espacio destinado al remitente, en su lugar me encontraba aquello de “corre, corre, Cartero, que es para el chico que más quiero”.

Recuerdo –por último ya, cielo...- que hace poco tiempo recibí unas cartas llenas de bellas palabras, de lindos pensamientos, de bellos deseos. Palabras henchidas de cariño, colmadas de buenos propósitos. Palabras escritas con el alma, adornadas con bondad, y rubricadas con el corazón. Esas cartas –cielo mío...-, son las tuyas. Ojalá me las hubiera entregado mi abuelo. Ojalá la persona que más amó el oficio hubiera tenido el honor de entregar las cartas más bonitas que jamás se han escrito en este mundo.

Juan Villanueva